

## La senda hacia el decrecimiento en los países sobredesarrollados

*Erik Assadourian*

La Segunda Conferencia Internacional sobre Decrecimiento Económico para la Sostenibilidad Ecológica y la Equidad Social, celebrada en 2010 en Barcelona, reunió a más de 500 participantes de más de 40 países para debatir cómo hacer «decrecer» deliberadamente la economía mundial (véase definición de decrecimiento en el cuadro 2-1). En esta conferencia se debatieron diferentes documentos académicos de temática diversa, desde la mecánica del decrecimiento económico hasta estrategias sobre cómo avanzar para lograrlo y para comunicar mejor este nuevo y desafiante concepto.<sup>1</sup>

La conferencia llamó la atención incluso sobre algunos enfoques radicales (aunque no autorizados) para desarrollar un movimiento por el decrecimiento. Por ejemplo, en el momento álgido de la burbuja financiera mundial, Enric Durán solicitó préstamos a una serie de entidades financieras, presentándose a sí mismo como un empresario que iniciaba negocios de nuevas tecnologías en España. La mayor parte de los 500.000 euros recaudados mediante este sistema (menos intereses e impuestos) fueron donados inmediatamente al movimiento por el decrecimiento. Durán, calificado por algunos como el Robin de los Bosques de nuestros días, aprovechó las relajadas prácticas prestamistas

---

<sup>1</sup> Erik Assadourian es miembro senior del Worldwatch Institute y director del proyecto Transformar las Culturas. Es codirector de *La Situación del Mundo 2012*.

### Cuadro 2-1. Definir el decrecimiento

El decrecimiento consiste en una reorientación deliberada de las economías, renunciando a la búsqueda constante del crecimiento. Para aquellas economías que hayan superado los límites de sus ecosistemas, implica una reducción planificada y controlada para volver a adaptarse a los límites del planeta y crear con el tiempo una economía homeostática en equilibrio con los recursos de la Tierra.

Decrecimiento no debe confundirse con declive económico. En palabras de Serge Latouche, destacado pensador del decrecimiento, «el movimiento por una sociedad del decrecimiento es radicalmente diferente de la recesión que está tan extendida actualmente». El decrecimiento no significa el deterioro ni el sacrificio que imaginan frecuentemente quienes oyen por vez primera hablar de este concepto. Muy al contrario, el decrecimiento puede compararse con una dieta saludable que se acomete para mejorar el bienestar de una persona, mientras que el crecimiento económico negativo podría equipararse a padecer inanición.

El decrecimiento es en definitiva un proceso, no un objetivo. Como señala Latouche, el objetivo es abandonar la confianza en la promesa del crecimiento como motor del desarrollo. El economista Tim Jackson formuló esta idea de forma más fácil de comunicar, haciendo un llamamiento a la «prosperidad sin crecimiento». Sin embargo, esta prosperidad no debería confundirse con la idea generalizada hoy día de prosperidad —un estilo de vida consumista—, que depende de un modelo económico basado en el crecimiento y en la sobreexplotación del capital natural de la Tierra. Por el contrario, como explica Latouche, una sociedad próspera es aquella «en la que podemos disfrutar de una vida mejor, trabajando menos y consumiendo menos».

El decrecimiento es, por tanto, el paso hacia un futuro más seguro, sostenible, razonable y justo, que contribuya a reducir el número y el tamaño de las industrias ecológicamente dañinas y a reorientar las economías para que mejore el bienestar, se fortalezca la resiliencia de las comunidades y se recuperen los sistemas de la Tierra. Una senda difícil de confundir con el declive económico desde cualquier perspectiva juiciosa.

Fuente: véase nota al final nº 1.

de estos momentos para embarcarse en lo que él denomina «desobediencia financiera», contribuyendo a denunciar los riesgos de un sistema financiero mal regulado, generando al tiempo recursos para ayudar a financiar alternativas al actual sistema económico insostenible. Aunque indudablemente poco convencional, la actuación de Durán y su posterior arresto atrajeron ciertamente la atención hacia este movimiento.<sup>2</sup>

El crecimiento se considera esencial para el éxito económico y el bienestar social en la cultura actual globalizada, por lo que no parece que el decrecimiento pueda tener ninguna posibilidad política, incluso para quienes simpatizan con este concepto. Para la mayoría de las personas, firmemente convencidas de que el crecimiento es fundamental para las

economías modernas, la idea de decrecer constituye la receta perfecta para el colapso económico y social. Pero el rápido calentamiento de la Tierra y el deterioro de los servicios de los ecosistemas revelan que el decrecimiento económico es esencial y deberá ser asumido lo antes posible para estabilizar el clima y evitar daños irreparables al planeta y a la civilización humana.<sup>3</sup>

De hecho, ya están cambiando los términos en que se presenta en los medios de comunicación y en los círculos científicos. La esperanza de evitar aumentos de la temperatura superiores a los 2°C se está desvaneciendo. Numerosos estudios confirman que la humanidad se encamina a una subida de la temperatura media global de 4°C. La revista de la Royal Society, *Philosophical Transactions*, analizaba muy recientemente proyecciones de un aumento de las temperaturas de 4°C para 2060, en vez de para 2100, aplicando la tendencia actual de emisiones. Esta senda conduce a una catástrofe para la humanidad: migraciones masivas de las poblaciones afectadas por la inundación de las zonas costeras, regiones enteras afectadas por sequías y otras alteraciones extremas del clima, y propagación de enfermedades a nuevas zonas. Pero las negociaciones sobre el clima de Durban en 2011 no hicieron absolutamente nada por detener la carrera del mundo hacia este futuro suicida.<sup>4</sup>

Con gobiernos que se retiran del Protocolo de Kioto como el de Canadá, y con los nuevos acuerdos sobre el clima estancados probablemente hasta 2020, el mundo se enfrentará seguramente a enormes cambios ecológicos, incompatibles evidentemente con una economía mundial en crecimiento. El *Informe Stern sobre la economía del cambio climático* preveía efectivamente que el cambio climático podría reducir el bienestar económico mundial entre un 5 y un 20% en términos de consumo per cápita, dependiendo del grado de calentamiento provocado por las actividades humanas.<sup>5</sup>

La opinión generalizada de que el crecimiento universal en un planeta sobreexplotado sigue siendo un objetivo deseable hace que estos problemas sean cada vez mayores y más inminentes. Durante el último medio siglo el crecimiento ha sido considerado como el remedio para todos los males sociales. El crecimiento económico continuado, si bien puede ser beneficioso en ocasiones, es realmente la causa de las alteraciones ecológicas que generarán problemas mucho más graves. Como señalaba el Príncipe de Gales en mayo de 2011, «Temo que nuestro empecinamiento miope en ignorar los hechos y no modificar el rumbo entraña el riesgo de un colapso muchísimo más trágico y de más difícil recuperación que ninguno de los experimentados en los últimos años».<sup>6</sup>

Para quienes estudian la evolución del medio ambiente puede que esto sea evidente, pero la sociedad está tan inmersa en el crecimiento que incluso muchos ecologistas y expertos en desarrollo sostenible siguen defendiendo el «crecimiento verde», o un mero desacoplamiento del crecimiento con respecto al consumo de materiales. Como señala Harald Welzer, el autor de *Infraestructuras mentales: cómo se introdujo el crecimiento en nuestras almas y en el mundo*, «el actual debate sobre desacoplamiento [...] sirve sobre todo para hacernos mantener la ilusión de que, realizando suficientes ajustes pequeños que nos permitan reducir las consecuencias ambientales negativas del crecimiento económico, aún podemos mantener intacto nuestro actual sistema». Pero la humanidad tiene que transformar radicalmente la economía mundial, reduciéndola al menos en un 30% —basándonos en el indicador de la huella ecológica, más bien conservador, según el cual la humanidad está usando actualmente la capacidad ecológica de 1,5 Tierras— aunque al mismo tiempo el tercio más pobre de la población tenga que aumentar considerablemente el consumo total para alcanzar una calidad de vida aceptable.<sup>7</sup>

### La maldición del sobredesarrollo

Los países sobredesarrollados (y la población sobredesarrollada de los países en desarrollo) deberán avanzar hacia el decrecimiento proactivamente, o bien continuar su irresponsable crecimiento hasta que las costas se inundan, se sequen los campos y unos cambios ecológicos de gran trascendencia obliguen a interrumpir el crecimiento, precipitando a las sociedades humanas a una loca carrera por la supervivencia. Si la población sobredesarrollada se empeña en ignorar los cambios que se avecinan, escondiendo como el avestruz la cabeza bajo tierra, el proceso de transición será doloroso y brutal. Pero si apostamos ahora —antes de que la mayor parte de la energía y del capital social se centren en reaccionar ante los cambios ecológicos— por una estrategia de decrecimiento, de diversificación económica y de apoyo a la economía informal, puede que la población sobredesarrollada descubra una serie de beneficios para su propio bienestar, su seguridad a largo plazo y para el futuro de toda la Tierra.

No debe extrañar que los países sobredesarrollados soporten también una serie de problemas relacionados con el exceso de consumo, pues hace tiempo que abundancia y desarrollo no van de la mano para gran parte de la población de estos países. El indicador más claro de ello es la epidemia de obesidad que se padece en una mayoría de los países

industrializados y en una elite del mundo en desarrollo. En Estados Unidos, actualmente, dos de cada tres adultos o son obesos o padecen sobrepeso, lo que reduce su calidad de vida, acortando su esperanza vital y costando al país 270.000 millones de dólares adicionales en gastos sanitarios y en pérdidas de productividad, debido a las discapacidades y a las defunciones tempranas. Esta epidemia puede llevar incluso a que la próxima generación viva menos que sus padres, debido principalmente a problemas relacionados con la obesidad, como enfermedades cardíacas, diabetes y determinados procesos cancerígenos. Las estadísticas son trágicas, aunque hay quienes prosperan a costa de este tipo de crecimiento: los agronegocios, los fabricantes de alimentos procesados, los publicistas, los hospitales o empresas farmacéuticas, mientras otros se benefician del mantenimiento del *statu quo*. En Estados Unidos solo la industria dietética obtiene unas ganancias de hasta 100.000 dólares anuales procedentes de la obesidad. Y Estados Unidos no es la excepción en este tema, sino que marca simplemente una tendencia. En todo el mundo, 1.900 millones de personas tenían sobrepeso o eran obesas en 2010, un aumento del 38% respecto a 2002, aunque la población total aumentó un 11% durante este período.<sup>8</sup>

Lamentablemente, la obesidad no es la única consecuencia colateral del sobredesarrollo. El aumento del endeudamiento, jornadas laborales muy largas, dependencia de fármacos, gente atrapada durante horas en los embotellamientos y hasta un aumento del aislamiento social, tienen su origen en unos estilos de vida consumistas al menos parcialmente. En efecto, aunque muchos avances modernos —el transporte personal, viviendas unifamiliares, televisiones, ordenadores y todo tipo de artefactos electrónicos— parecen haber mejorado el bienestar humano, puede que en realidad hayan supuesto importantes sacrificios para la población consumidora, sin su conocimiento ni su consentimiento.<sup>9</sup>

Además de reducir los efectos físicos y sociales colaterales de la búsqueda obsesiva del crecimiento, apostar por el decrecimiento reduciría los impactos ecológicos de la economía humana, pues una parte de la población consumiría menos alimentos, recursos y energía. El resultado más importante, aunque quizás menos tangible, sería la reducción de la pérdida de resiliencia de la Tierra, de la que dependen totalmente la humanidad y todas las demás especies para sobrevivir y prosperar.

La sensatez de hacer decrecer una economía mundial destructiva ecológicamente sin duda resulta fácil de defender. Pero cuando el crecimiento constituye uno de los mitos sagrados fundamentales de la cultura moderna, y cuando economistas, medios de comunicación y dirigentes políticos se rasgan las vestiduras cada vez que decrece la economía,

conseguir un cambio de paradigma de 180 grados será muy difícil. La apuesta por el decrecimiento tendrá que desarrollarse estratégicamente, trabajando simultáneamente en frentes diversos y complementarios.

### **Reducir el consumo de quienes consumen en exceso**

Un pilar central para el decrecimiento será conseguir cambios potentes en los patrones de consumo individuales y colectivos. Una parte importante del impacto ecológico de las personas está relacionado con su alimentación, su vivienda y su modo de transporte. Estos sectores tendrán que someterse a una revisión radical, para que la población de los países sobredesarrollados habite en viviendas más pequeñas, en barrios donde se pueda caminar, utilizando menos el coche y el avión y desplazándose más a pie, en bicicleta y en transporte público, y consumiendo menos alimentos y de escalones más bajos de la cadena trófica. Las personas deberán además poseer menos «trastos» —desde aparatos electrónicos a electrodomésticos, desde libros a juguetes—, que absorben enormes cantidades de recursos y generan un considerable volumen de residuos. Considerando todas las formas directas e indirectas de consumo, el americano medio consumía diariamente en el año 2000 unos 88 kilos de recursos, mientras que la media europea era de 43 kilos, unas cifras que en efecto tienen que reducirse drásticamente para ser sostenibles, especialmente en un contexto de creciente demanda de consumo en los países en desarrollo.<sup>10</sup>

Esto representa un desafío formidable, ya que el crecimiento y el consumismo siguen siendo celebrados universalmente por una industria publicitaria que en 2011 gastó 464.000 millones de dólares en todo el mundo, promocionando el estilo de vida consumista a través de Hollywood y la industria cinematográfica mundial, y en general por todos los medios de comunicación. Empiezan a detectarse, sin embargo, ciertas fisuras en lo que hasta hace poco eran sólidas tradiciones de la cultura consumista del crecimiento. Algunos adolescentes americanos, por ejemplo, ya no tienen prisa por obtener el permiso de conducir, un rito iniciático fundamental que marcaba anteriormente el paso a la edad adulta. La mitad de los jóvenes de 16 años del país obtuvo el permiso en 1978, mientras que esta cifra había descendido al 31% en 2008. En 1978 el 92% de los jóvenes norteamericanos de 19 años tenía permiso de conducir, mientras que este porcentaje había bajado en 2008 al 78%. Y esta tendencia parece haberse mantenido actualmente más allá de la adolescencia: el porcentaje de kilómetros conducidos por

personas de entre 20 y 30 años descendió del 21% en 1995 al 14% en 2009. El coste de los coches y la gasolina, el tráfico, una sensibilidad ambiental creciente y los cambios tecnológicos —que han propiciado las relaciones *on-line* de los adolescentes con sus amigos— suponen que la gente joven sienta menos necesidad de tener coche y perciba más obstáculos para su utilización. Este cambio no está exento de problemas, dado que el adolescente americano medio pasa actualmente ocho horas diarias «enganchado» a los medios de comunicación, pero sí demuestra que incluso viejas tradiciones pueden adquirir con el tiempo mucha menos importancia.<sup>11</sup>

Estos cambios de patrones de consumo profundamente arraigados socialmente tendrán que ser reproducidos cientos de veces en docenas de sectores, como alimentación, vivienda, transporte, electrónica, viajes, animales de compañía, ropa, electrodomésticos y demás. Y con unos cambios de tal envergadura, muy pocos estarán dispuestos a hacer lo que perciben como un sacrificio, incluso si los inconvenientes de tales productos son evidentes (véase el cuadro 2-2). Las culturas normalizan rápidamente determinados productos, los cambios en infraestructuras a menudo los exigen, las redes sociales refuerzan su utilización («no ser menos que los González»), y psicológicamente es relativamente fácil convertir en necesidad un artículo de lujo. Más de la mitad de los americanos considera hoy en día una necesidad tener aire acondicionado y secadora de ropa, mientras que nuevos productos como los teléfonos inteligentes y la conexión a internet de alta velocidad empiezan a percibirse rápidamente como algo indispensable. Animar a la gente a que cambie su comportamiento sencillamente distará mucho de ser suficiente para reducir el consumo. Los gobiernos y las empresas tendrán que desempeñar un papel fundamental en la corrección de las decisiones de los consumidores.<sup>12</sup>

La formulación más sencilla de «modular las elecciones de los consumidores» significa exactamente lo que dice: promover unas decisiones dirigidas a lograr un fin determinado. Lamentablemente, durante los últimos 50 años este fin era estimular el crecimiento económico y el consumo, pero las mismas estrategias utilizadas para ello pueden ser aplicadas para promover el decrecimiento y la sostenibilidad. Reorientar los miles de millones de dólares de subvenciones públicas hacia bienes de consumo saludables y sostenibles —subvencionando, por ejemplo, las pequeñas explotaciones ecológicas en vez de la producción de mercancías (*commodities*) a gran escala en explotaciones gigantes; o concediendo desgravaciones fiscales a las viviendas pequeñas y eficientes, bien sean alquiladas o en propiedad, en vez de incentivar la propiedad—, podría

### Cuadro 2-2. Sacrificio y nuevas políticas de sostenibilidad

Numerosos analistas que defienden que una sociedad sostenible requiere profundos cambios, también consideran que ello implicaría considerables sacrificios para las sociedades consumidoras ricas. Y afirman pesimistas que tal cambio nunca va a ocurrir: la mayoría de la gente está demasiado satisfecha de sí misma, está desinformada o es demasiado apática para hacer sacrificios voluntariamente. Pero en realidad el sacrificio forma parte habitual de nuestra vida cotidiana y es compatible con el interés personal, aunque puede ser impuesto de forma injusta.

Las personas pueden sacrificarse voluntariamente, renunciando a algo de valor por algo más importante, como consumir menos para ahorrar en la educación de un hijo. También puede sacrificarse a las personas, como cuando una comunidad pobre sufre los efectos de una incineradora tóxica. Con frecuencia se pasa por alto esta vital distinción entre diferentes formas de sacrificio, que viene determinada por los puntos de vista de la gente sobre justicia y eficacia.

Reconocer los sacrificios que hace la gente puede favorecer un análisis más equilibrado de las opciones políticas y medidas posibles. En vez de plantear la tarea en términos de convencer a la gente de la necesidad de sacrificio, es posible establecer un diálogo sobre cómo cambiar ciertos lujos o comodidades por mejoras en la calidad de vida de todas las personas. La cuestión es no exigir sacrificios pero tampoco evadir hablar de ello, sino ampliar el debate al tema de las opciones y los retos.

Cuando quienes reclaman sacrificios no predicán con el ejemplo, puede ocurrir que las personas a quienes se están dirigiendo se perciban a sí mismas como víctimas más que como agentes de cambio, resistiéndose a los llamamientos a sacrificarse. Cuando los políticos estadounidenses presionan para que se reduzcan las emisiones en China y en la India, donde las emisiones por habitante siguen siendo drásticamente inferiores, como condición previa para la actuación americana, esta demanda se reviste de un carácter de distribución injusta de la carga —de llamamiento a que los demás se sacrifiquen, en vez de sacrificio compartido. Compartir la carga y reconocer claramente que los demás ya están renunciando a algo de valor puede ayudar enormemente a contrarrestar esta hipocresía y paternalismo.

Cuando una persona teme que su renuncia no sirva de nada, el sacrificio engendra angustia. Para que la gente se sacrifique voluntariamente, esta angustia ha de ser atenuada por la esperanza de que la renuncia se traducirá en un futuro mejor. Sin embargo, esta esperanza rara vez puede fundamentarse exclusivamente en la acción individual, puesto que los problemas derivados de la acción colectiva disminuyen la probabilidad de éxito. Alguien podría pensar, «si yo actúo y los demás no, asumiré los costes sin ningún beneficio social; mientras que si no actúo y los demás sí lo hacen, compartiré los beneficios sin coste alguno». En cambio, cuando la actuación se realiza de forma coordinada se materializan nuevas posibilidades: inversiones a gran escala en infraestructuras y energías renovables, ordenación territorial y urbana para fomentar los desplazamientos a pie y reducir la dependencia del coche, así como incentivos para empleos «verdes».

Este tipo de actuaciones tiene su coste: las inversiones públicas requieren impuestos; la política de ordenación territorial genera perdedores y ganadores; la creación de empleo verde puede hacerse a expensas de empleos «marrones». Sin embargo, este tipo de medidas puede reducir ahora sacrificios impuestos y poco equitativos, atenuando

en el futuro el impacto impuesto y poco equitativo del cambio climático y otros daños ambientales.

Repensar el sacrificio no es ofrecer una determinada serie de políticas, sino una manera de pensar y de hablar acerca de los desafíos de la sostenibilidad que abre un diálogo político precisamente en el punto donde este a menudo se rompe. La gente tiene que partir de la esperanza radical de que es posible un futuro mejor por el que merece la pena actuar, incluso si ello requiere ciertos sacrificios. En un mundo que se tambalea, solo esta esperanza puede inspirar el cambio.

John M. Meyer  
Universidad del Estado de Humboldt

Fuente: véase nota al final n° 12.

fomentar unos patrones de consumo mucho más sostenibles. Obviamente, corregir este tipo de decisiones requiere una cierta sensibilidad: la prohibición de ciertos productos puede llevar a su acaparamiento y a giros políticos reaccionarios. Pero incluso impuestos casi imperceptibles pueden cambiar de manera importante el comportamiento de los consumidores. Cuando el gobierno de Washington, DC aprobó en enero de 2010 un impuesto adicional de cinco centavos de dólar sobre las bolsas de plástico, su consumo cayó en picado, de 22,5 millones a tres millones en un mes. Y los dos millones de dólares anuales recaudados con este impuesto están siendo utilizados para ayudar a limpiar las toneladas de basura que contaminan el río Anacostia, que atraviesa la capital de la nación y que viene padeciendo incontables vertidos.

También las empresas pueden desempeñar un papel para modular las elecciones de consumo, dejando claro a sus clientes cuáles son las opciones más saludables y sostenibles, por ejemplo etiquetando los productos fabricados con criterios de salud y de sostenibilidad, o fijando precios que favorezcan a los productos más saludables y sostenibles. Walmart anunció a principios de 2011 que disminuiría el precio de sus productos, reduciendo hasta en 1.000 millones de dólares el coste para sus clientes, y que se esforzaría por reducir en sus alimentos precocinados la cantidad de sal, aditivos azucarados y grasas perjudiciales para la salud. Estos cambios sutiles podrían contribuir enormemente a cambiar el comportamiento de los consumidores, fomentando un mayor consumo de verduras y uno menor de alimentos elaborados.<sup>14</sup>

Aunque muchas compañías están abiertas a revisar sus líneas de producción para hacerlas más sostenibles —y lo están haciendo—, muy pocas se atreverán a animar a la gente a que no compre, pues su cuenta

de resultados depende de las ventas totales. Sin embargo, en septiembre de 2011 una empresa llamó poderosamente la atención haciendo exactamente eso: Patagonia, un fabricante de ropa para actividades al aire libre, animó a sus clientes a que no comprasen sus productos de no ser que los necesitasen verdaderamente. E incluso en este caso, la empresa animaba a sus potenciales clientes a considerar la posibilidad de comprar productos usados, afirmando que «el coste ambiental de todo lo que hacemos es impresionante». Patagonia estableció una colaboración con eBay para ayudar a sus clientes a revender los productos usados de su marca, una decisión sorprendente puesto que la empresa no participaba de las ganancias generadas por estas ventas.<sup>15</sup>

Aunque la motivación principal de Patagonia sea evitar «la quiebra ecológica» generada por la cultura consumista, su decisión no está exenta de cierta sabiduría empresarial. El valor publicitario de estos esfuerzos puede compensar con creces las ventas no realizadas, reforzando la lealtad de su clientela de «consumidores verdes». Y también hay que tener en cuenta los beneficios de ser pionero en el mercado. A los estrategas de Patagonia que están al tanto de los vaticinios sobre nuestro futuro económico y ecológico no se les habrá escapado que durante las próximas décadas cada vez más gente comprará probablemente menos cosas, adquiriendo más productos duraderos, por lo que desarrollar este tipo de ventajas de marca puede reportar a la empresa beneficios a largo plazo, incluso en una economía en contracción.<sup>16</sup>

Además de corregir las decisiones de los consumidores, muchas organizaciones están contribuyendo a cambiar determinados patrones de consumo. Pongamos por caso los entierros. En Estados Unidos se consumen anualmente tres millones de litros de productos para embalsamar, 104.000 toneladas de acero y 1,5 millones de toneladas de cemento para enterrar a los muertos. Los enterramientos producen más de 1,5 millones de toneladas de emisiones de dióxido de carbono (CO<sub>2</sub>) y cuestan a cada familia media 10.000 dólares, un coste que podría considerarse un impuesto que grava a quienes lloran la pérdida de un ser querido. La buena noticia es que se están haciendo esfuerzos por cambiar esta tendencia, enterrando a los fallecidos sin productos químicos en cementerios abiertos que crean nuevos parques comunitarios, generando nuevos espacios naturales para la biodiversidad y nuevos sumideros de carbono, un modelo mucho mejor que los actuales cementerios fumigados con pesticidas y cubiertos de césped. Y estos cambios en los procesos de enterramiento están ayudando a transformar este ritual humano fundamental, recordando a las familias la participación de la humanidad en el ciclo universal de la vida, sustituyendo los esfuerzos

por evitar la descomposición del organismo por una celebración sobre la nueva vida que supondrá la pérdida.<sup>17</sup>

También el movimiento Slow Food se esfuerza por reorientar las normas dietéticas de una alimentación poco saludable, basada en elevados consumos de carne muy procesada y ecológicamente destructiva, hacia el disfrute de la preparación, cocinado y consumo de «una alimentación buena, equitativa y no contaminante». Como la alimentación evoca tan profundos sentimientos, Slow Food ha despertado un enorme interés por cómo comemos, y cuenta actualmente con más de 100.000 miembros en 132 países.<sup>18</sup>

Incluso aunque una transformación más profunda de la alimentación no esté al alcance de algunas personas, pues no todo el mundo puede permitirse dedicar más tiempo a la cocina cuando está luchando sencillamente por llegar a fin de mes, puede empezarse por opciones más sencillas para reorientar la alimentación y otros patrones de consumo hacia pautas con menor impacto. La campaña Lunes sin Carne, por ejemplo, anima a la población a que renuncie a comer carne un día a la semana, como fórmula para reducir los graves impactos ecológicos y sanitarios del consumo cárnico. Si bien esta campaña fue iniciada en 2003 por la Escuela Johns Hopkins Bloomberg de Salud Pública, esta práctica ya había sido instituida en realidad por el gobierno de EEUU durante la Primera Guerra Mundial, y posteriormente también durante la Segunda Guerra Mundial, para racionar a las tropas el abastecimiento de carne. Durante la primera contienda, más de 10 millones de familias norteamericanas y 425.000 establecimientos de alimentación se comprometieron a renunciar los lunes a la carne. Aunque la nueva campaña no ha alcanzado este nivel de compromiso, se ha extendido por otros países, incluyendo el Reino Unido, Bélgica, Israel y la India. La empresa francesa de gestión de cafeterías Sodexo se ha sumado a la campaña, difundiendo la iniciativa en las 2.000 cafeterías de empresas y administraciones y en los 900 hospitales que gestiona.<sup>19</sup>

Cambiar unas normas culturales tan profundamente arraigadas requerirá la intervención constante a distintos niveles del mayor número posible de actores. Como señalaba una exposición sobre las repercusiones de las iniciativas gubernamentales sobre la dieta americana, en la batalla por cambiar durante la guerra los hábitos alimentarios «se utilizaron un escuadrón de personajes famosos, antropólogos y protagonistas de series de dibujos animados, y una flotilla de películas, programas de radio, concursos y carteles publicitarios». Cambiar los actuales patrones de consumo requerirá nuevamente de estos niveles de intervención.<sup>20</sup>

## Cargas fiscales más equitativas

La brecha entre la población más rica y la más pobre ha adquirido actualmente unas proporciones dramáticas (véase el capítulo 1). La creciente desigualdad constituye un problema de justicia social, pero también un problema ambiental, pues cuanta más riqueza acumula un individuo, más consume. En un planeta con 7.000 millones de habitantes, una renta ecológicamente sostenible ascendería a unos 5.000 dólares anuales por persona (en términos de paridad de poder adquisitivo), muy por debajo de los niveles considerados de pobreza en Occidente. Superado este nivel, la gente adquiere casas más grandes, más electrodomésticos, más aparatos electrónicos, aire acondicionado e incluso viajes en avión.<sup>21</sup>

Pero, ¿cómo puede converger deliberadamente la sociedad hacia unos niveles de ingresos más bajos mundialmente? La redistribución de cargas fiscales desempeñará un papel fundamental, así como el reparto del trabajo; reducir la jornada laboral liberará empleo e ingresos para otras personas, además de ayudar a reducir la renta de quienes trabajan demasiado. Este proceso no solo reportaría beneficios ecológicos y económicos, sino también considerables beneficios sociales. Diversos trabajos de investigación han demostrado que las sociedades más equitativas tienen menos delitos violentos y mayores niveles de alfabetización, son más sanas y padecen menos problemas de sobrepeso, y disfrutan de índices más bajos de embarazo juvenil y de encarcelamiento.<sup>22</sup>

Como subrayaba el Informe sobre Desarrollo Humano 2011, una mejor distribución de los ingresos tiene unas repercusiones evidentes para el desarrollo humano. Este informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo concluye que si se tienen en cuenta las desigualdades de ingresos, salud y educación, varios de los países más ricos descienden drásticamente en el ranking sobre desarrollo humano. Estados Unidos, por ejemplo, baja del puesto cuarto al vigésimo, mientras que los países con mayor nivel de igualdad salen mejor parados: Suecia pasa del décimo al quinto puesto, y Dinamarca del decimosexto al decimosegundo.<sup>23</sup>

Una de las vías más directas para redistribuir los impuestos es sencillamente ajustar las cargas tributarias sobre la renta. Esto puede parecer políticamente imposible en países como Estados Unidos, donde existen partidos políticos anti-impuestos como el Tea Party. Pero iniciativas como Ocupa Wall Street pueden abrir nuevas posibilidades políticas, especialmente si los norteamericanos empiezan a recordar su propia historia. Durante la Segunda Guerra Mundial, el tipo impositivo marginal que gravaba los ingresos de más de 200.000 dólares anuales subió

hasta un máximo del 94%. Y aunque actualmente la mayor capacidad de presión de los grandes capitales sobre el sistema político dificultará tal reforma fiscal, no existe ningún obstáculo legal que impida a los americanos repetir aquel proceso. Teniendo en cuenta que la amenaza de la crisis ambiental actual es más grave para la seguridad nacional que la Segunda Guerra Mundial en su día, debiera plantearse una reforma de este tipo. Activistas e investigadores harían bien estudiando los mensajes utilizados en aquel entonces para lograr que el Congreso aprobase esta subida de impuestos, aplicando la lección a los actuales intentos de reforma fiscal.<sup>24</sup>

Gravámenes muy elevados sobre la renta no son necesariamente la única (o la mejor) vía posible, si se redistribuyen también los demás impuestos. Recientemente se ha concedido considerable atención a un modesto impuesto sobre las transacciones financieras, que podría contribuir a mitigar la volatilidad de los mercados y a generar ingresos para el desarrollo sostenible. Aunque desde su formulación por el economista James Tobin en 1972 esta propuesta ha tenido sus defensores, ahora la idea está cobrando repentinamente vida y recibe un apoyo creciente. El movimiento de protesta *Occupy Wall Street* ha incluido la denominada Tasa Tobin entre sus exigencias y varios personajes influyentes —incluyendo los multimillonarios Bill Gates y George Soros— la han respaldado públicamente, instando a utilizar para ayudar al desarrollo la recaudación



Cartel animando a la gente a renunciar a comer carne los lunes.

mediante este gravamen. La Comisión Europea estudia actualmente la posibilidad de establecer en 2015 una tasa de 10 dólares por cada 10.000 dólares de transacciones financieras, lo que podría generar nuevos ingresos fiscales estimados en 77.000 millones de dólares anuales. Y a pesar de que se ha criticado la idea, el Reino Unido grava ya las operaciones de compra-venta de valores (50 dólares de impuestos por cada operación de 10.000 dólares), de manera que resulta evidente que es factible, tanto financiera como políticamente, aplicar este tipo de impuesto.<sup>25</sup>

La fiscalidad ecológica también podría fortalecerse e incluso utilizarse para compensar la carga fiscal de las personas más afectadas por la menor actividad de determinadas industrias contaminantes y las perturbaciones provocadas por el decrecimiento. A finales de 2011 Australia aprobó un impuesto de 23,78 dólares por cada tonelada de carbono emitido, lo que previsiblemente reducirá las emisiones de CO<sub>2</sub> en 160 millones de toneladas anuales para 2020, generando unos ingresos de 15.500 millones de dólares anuales para 2015. Esto es una buena noticia, puesto que anteriormente el gobierno australiano había anunciado que debía recortar la financiación de programas ambientales por los costes de las inundaciones (inundaciones por cierto que los ambientalistas atribuyen al cambio climático). Es evidente que los gobiernos necesitarán ingresos para evitar nuevos desastres ambientales y para adaptarse a un mundo en proceso de calentamiento, propenso a estos riesgos catastróficos.<sup>26</sup>

También sería el momento oportuno, por último, para gravar con impuestos a la industria publicitaria. En Estados Unidos los gastos de publicidad de las grandes empresas desgravan fiscalmente, pero poner fin a esta práctica e incluso gravar moderadamente este tipo de inversiones podría generar nuevos e importantes ingresos. Solo en este país, los gastos en publicidad ascendieron a 155.000 millones de dólares en 2011. Suponiendo que se elimina la desgravación a las grandes empresas de un modesto 20% de los impuestos, la medida reportaría nuevos ingresos fiscales de 31.000 millones de dólares. Si añadiésemos a ello un impuesto sobre la publicidad de productos insostenibles ecológicamente o perjudiciales para la salud —como la comida basura, los combustibles fósiles y los coches—, la recaudación proporcionaría nuevos fondos para promover una sociedad menos consumista, además de desincentivar la publicidad de productos insostenibles o insalubres.<sup>27</sup>

¿Cómo utilizar estos nuevos impuestos? En principio, no todos tienen que ir a parar a programas gubernamentales, sino que pueden redistribuirse para mejorar la igualdad social y compensar a los grupos más afectados por el cambio hacia una economía del decrecimiento, proporcionándose apoyo para la transición, servicios sociales funda-



Cartel publicitario de McDonald's antes y después de la acción del Frente de Liberación de Carteles Publicitarios (Billboard Liberation Front).

mentales o formación en nuevos yacimientos de empleo. Pero la mera reconstrucción de las infraestructuras públicas absorbería un porcentaje considerable de los impuestos recaudados. Se trataría fundamentalmente de mejorar los servicios públicos de salud y de abastecimiento de aguas, acelerar la transición hacia un uso eficiente de las energías renovables y sustituir unas infraestructuras destinadas a los coches por otras pensadas para bicicletas y el transporte público. A estas mejoras podrían añadirse también nuevos centros comunitarios, piscinas, sendas para excursiones y librerías que presten juegos, juguetes y herramientas además de libros y material audiovisual. El desarrollo de nuevas ofertas contribuiría de paso a aliviar la frustración de la gente por la disminución del nivel de riqueza y de acumulación de bienes privados, proporcionando nuevas posibilidades de juego, de aprendizaje y de socialización.

Los nuevos fondos también podrían utilizarse para adaptarnos a un futuro inestable. Los gobiernos deben desempeñar un papel fundamental, por ejemplo, en la restauración de ecosistemas como los bosques y los humedales, en el apoyo a personas emprendedoras para crear nuevas explotaciones agrícolas locales de pequeño tamaño, y en la preparación activa de la sociedad para enfrentarse a los inevitables cambios derivados del proceso de calentamiento global, incluyendo el abandono de determinadas zonas en algunos casos. Holanda está abordando ya activamente el problema del cambio climático, lo que no debe extrañar considerando que gran parte del país está justo por encima o incluso por debajo del nivel del mar. En su libro *Calor: vivir en la Tierra los próximos 50 años*, Mark Hertsgaard describe hasta qué punto el gobierno holandés está haciendo todo lo posible por prepararse para un mundo en proceso de calentamiento, adoptando unas medidas que mucha gente considerará excesivas.<sup>28</sup>

El gobierno holandés ha establecido un programa de adaptación al cambio climático a 200 años vista, y está invirtiendo 1.000 millones de dólares anualmente para su desarrollo. Se están cerrando hoteles en la costa para crear nuevos diques de protección, y algunas explotaciones agrícolas están transformándose en lagos, haciendo prevalecer el interés público a largo plazo sobre los intereses privados corto-placistas, aunque los afectados son compensados cuando tienen que desplazarse. Estas importantes inversiones, así como la mera adaptación a catástrofes meteorológicas inesperadas, requerirán apoyo financiero estimado en el caso de Holanda en unos 2.000-6.000 millones de dólares anuales. Los 12 desastres sufridos en 2011 por Estados Unidos han costado más de 1.000 millones de dólares cada uno, provocando daños de 52.000 millones de dólares. Esta cifra supera el total mundial de daños por desastre de 2009, y establece un nuevo récord en cuanto al número total de catástrofes devastadoras que han afectado al país durante un solo año. Teniendo en cuenta la inestabilidad creciente que genera el cambio climático, será necesario contar con nuevos ingresos fiscales para garantizar que los estados disponen de suficientes recursos para afrontar las próximas sorpresas que nos depare la naturaleza.<sup>29</sup>

### Compartir mejor el trabajo

Otra forma de mejorar los ingresos, que quizá pudiera aprobarse más fácilmente en parlamentos conservadores, es optimizar el reparto del trabajo. La semana laboral de 40 horas se ha considerado lo «normal» en muchos países occidentales desde la Segunda Guerra Mundial. Aunque las tecnologías y la productividad han mejorado, y pese a que contribuiría a paliar los problemas de desempleo, muy pocos países han reducido el tiempo trabajado por debajo de esta norma. Lo que resulta más sorprendente es que si se calculase el verdadero promedio de la semana laboral —teniendo en cuenta la población desempleada y subempleada, los trabajadores a tiempo parcial, los trabajadores a tiempo completo y quienes trabajan horas extra—, dicha media resultaría mucho más baja. Según la Fundación para la Nueva Economía (New Economics Foundation), en 2010 la media británica de trabajo era de 21 horas semanales.

Una mejor distribución de las horas trabajadas entre toda la población en edad laboral no solo ayudaría a reducir la pobreza, sino que podría mejorar de manera importante la calidad de vida de muchas personas que trabajan en exceso, reduciendo su impacto ecológico. Los

psicólogos Tim Kasser y Kirk Brown han demostrado que una jornada laboral más prolongada repercute negativamente en los niveles de satisfacción vital y en la huella ecológica. Por otra parte, si la reducción de la jornada laboral estuviese respaldada por mensajes sociales adecuados, las personas podrían destinar una proporción mayor de su tiempo a vivir más sosteniblemente: pedalear en bicicleta en vez de conducir; tender la ropa en lugar de utilizar secadoras; cocinar en vez de comprar alimentos precocinados o de comer en restaurantes; disfrutar de vacaciones locales en vez de viajar a lugares exóticos; jugar a juegos de mesa en vez de salir a espectáculos costosos; ir a la biblioteca en lugar de comprar libros; cuidar un huerto; hacer trabajo voluntario; y cuidar de los niños o de padres mayores. Todo ello contribuiría a mejorar la salud, las relaciones sociales y el compromiso con la comunidad, o dicho de otro modo, el bienestar.<sup>31</sup>

Aunque muchas personas estarían dispuestas a ganar y a gastar menos, muy pocas tienen la oportunidad de elegir, pues se incentiva a las empresas para hacer contratos a tiempo completo. Algunos países han adoptado medidas para remediarlo. Holanda, por ejemplo, ayuda a que la gente reduzca el tiempo de trabajo a las tres cuartas partes, exigiendo que las empresas mantengan el mismo salario por hora y sistemas de protección social que correspondan por la reducción de jornada. Y en Alemania, el gobierno ayudó durante la recesión a las empresas a mantener empleados que de lo contrario hubiesen sido despedidos, en un programa denominado *Kurzarbeit*. Este programa, que significa «trabajo reducido», permitió a las empresas pagar a los trabajadores únicamente las horas trabajadas, abonando el gobierno la diferencia, de hasta dos tercios del tiempo. Se beneficiaron de este programa 1,5 millones de trabajadores en 63.000 compañías, evitándose entre 300.000 y 400.000 despidos y ayudando a mantener el desempleo en Alemania en su nivel más bajo en 17 años. Los gobiernos pueden ayudar a ahorrar los costes y evitar las perturbaciones sociales provocadas por el desempleo mediante programas innovadores como estos, además de contribuir al proceso de transición hacia una jornada laboral más corta.<sup>32</sup>

Las empresas también pueden favorecer la distribución de la carga de trabajo concediendo más vacaciones, permisos más prolongados por maternidad y paternidad, o posibilidades de compartir empleo. Algunas organizaciones, como [Right2Vacation.org](http://Right2Vacation.org) ([DerechoAvacaciones.org](http://DerechoAvacaciones.org)) están presionando para que el derecho a un mínimo de una semana de vacaciones pagadas sea reconocido para todos los trabajadores estadounidenses, puesto que en EEUU no existe legislación en este sentido y la mitad de los trabajadores del país solo tienen una semana o menos de vacaciones

anuales. Cuantas más vacaciones se incorporen al calendario laboral, más corto será el promedio de semana laboral y más puestos de trabajo habrá disponibles. Lo mismo podría decirse del permiso por tener un hijo. Estados Unidos es uno de los cuatro países del mundo que no dispone de un permiso de maternidad remunerado. Un permiso de maternidad generoso no solo favorece la creación de un fuerte vínculo afectivo y contribuye a que las madres puedan amamantar a sus hijos, sino que reduce también las horas totales trabajadas, ayudando a distribuir el trabajo más ampliamente. En Suecia, los nuevos padres disfrutan de 480 días de permiso por maternidad/paternidad, percibiendo el 80% del sueldo uno de los dos (indistintamente) durante 390 días, lo que no es de extrañar que anime a muchos nuevos padres a trabajar menos.<sup>33</sup>

En general, será preciso conseguir un reparto mejor del trabajo y, con el tiempo, una reducción de la economía consumista. Pero si se gestiona bien, la mayor parte de esta reducción afectaría a bienes y servicios estimulados artificialmente con el único fin de hacer negocio, aunque ocasionen problemas de salud y de degradación del entorno. El tabaco, la comida basura, los coches, las armas, el alcohol, los cosméticos, el embalaje innecesario y muchos otros sectores de la economía generan empleo, pero ¿debemos mantener el nivel de producción de estas industrias, con frecuencia socialmente irresponsables, solo para preservar los niveles globales de empleo? ¿O sería mejor apostar por una reorientación de la economía que proporcione formas de vida saludables y sostenibles y trabajos que no socaven el bienestar a largo plazo de la humanidad y del planeta? Reducir la producción de ciertos sectores, o eliminarla progresivamente incluso, sustituyéndola por otros objetivos económicos cuando se considere beneficioso, será un paso esencial en el proceso de decrecimiento, pese a que algunos opinen que es «dar marcha atrás al progreso».

## **Cultivar una economía de la plenitud**

La socióloga Juliet Schor lleva décadas estudiando las jornadas laborales y los elevados niveles de consumo aparejados a trabajar en exceso, llamando la atención sobre estas cuestiones en libros muy populares, como *El Americano Empeñado* y *El Americano Explotado*. En 2010 publicó *Plenitud*, refiriéndose con este término a la abundancia o a la prodigalidad, y en este libro hace un llamamiento a la reducción controlada de la economía consumista, con más gente manteniéndose con una serie de actividades económicas formales e informales, incluyendo

el autoabastecimiento y el intercambio de alimentos y de productos artesanos, así como el mantenimiento y reparación de bienes durante más tiempo. Opina Schor que destinar parte de la economía doméstica a estas actividades informales «incrementa en definitiva sus opciones respecto a posibilidades de empleo, utilización del tiempo y consumo. Cuanto más autosuficiente sea una persona, menos ingresos necesitará para reproducir un determinado nivel de vida».<sup>34</sup>

La combinación de modificaciones deliberadas de las jornadas laborales y de una reducción inevitable de los mercados podría acelerar el avance hacia este modelo de plenitud. En Estados Unidos, la recesión ha provocado un aumento importante del número de personas que viven en hogares multigeneracionales, 51,4 millones de americanos en 2009, lo que supone un incremento del 10% desde 2007. Con varias generaciones compartiendo casa, el coste de la vida en vivienda, servicios públicos y transporte puede reducirse considerablemente. Esto ayudó a mantener los índices de pobreza de los hogares estadounidenses multigeneracionales por debajo de los de otros hogares, aun cuando era inferior su promedio de nivel de ingresos. Además, las generaciones mayores pueden ayudar en el cuidado de los niños (y recibir cuidados si fuera necesario), reduciendo el coste de los cuidados infantiles y de los ancianos. También pueden acometerse más actividades económicas relacionadas con el hogar, como el cuidado del huerto o la cría de ganado. Aunque se trate de actividades que requieren mucho tiempo, compartir las tareas con más gente facilita su ejecución.<sup>35</sup>

La cultura popular debería ensalzar las viviendas multigeneracionales, que deberían recibir prioritariamente incentivos gubernamentales, ya que reducirían de forma importante los costes ecológicos y económicos, recuperando al tiempo el capital social y la densidad de los barrios. Pueden brindar incluso nuevas oportunidades empresariales: Lennar, un promotor de viviendas estadounidense, ha creado una línea novedosa de casas multigeneracionales para su venta a quienes apuestan por esta alternativa demográfica.<sup>36</sup>

Una promoción social estratégica contribuiría a su expansión. Desde el comienzo de la recesión, los hogares multigeneracionales de EEUU se han convertido en objetivo publicitario, principalmente para venderles más cosas. Pero si el gobierno y las organizaciones que persiguen el bienestar público se dirigiesen a estos hogares para ofrecerles folletos, vídeos de internet y talleres sobre envasado de alimentos, reparaciones básicas, costura y demás, esto podría fomentar una diversificación de las fuentes de subsistencia de los hogares y contribuir a normalizar esta estrategia de vivienda y de aspectos más amplios sobre cómo vivir en *plenitud*.<sup>37</sup>



Cartel de la campaña de marketing social del gobierno de EEUU en 1917.

La aportación de este sector a la economía no debería subestimarse. Durante la Segunda Guerra Mundial el 40% de las verduras consumidas en Estados Unidos por los hogares se producía en huertos familiares o comunitarios. Si se enseña a la gente sistemas de cultivo basados en la agricultura ecológica y en la gestión integrada de plagas, los huertos familiares podrían reducir los costes de alimentación de los hogares y los impactos ecológicos de la agricultura. Los huertos familiares y comunitarios podrían tener gran importancia para la seguridad alimentaria y la resiliencia de las comunidades, a medida que el cambio climático afecte a la producción agrícola intensiva y se prohíban las exportaciones de cereales en países con una creciente inseguridad alimentaria. En Cuba, por ejemplo, los huertos individuales han desempeñado un papel fundamental desde que el colapso de la Unión Soviética redujo su acceso al suministro barato de petróleo. Solo en la Habana, más de 26.000 huertos ocupan una superficie de 2.400 hectáreas de tierra, produciendo 25.000 toneladas de alimentos anuales.<sup>38</sup>

Juliet Schor se declara esperanzada de que la gente se desilusione con el tiempo del estilo de vida «trabajo-de-9-a-5/gasto/consumo», y que aumente el número de personas que buscan una vida plena, tra-

bajando menos horas en tareas remuneradas y ayudando a reconstruir las economías locales. Algunas organizaciones de la sociedad civil están dedicando mucho empeño a acelerar este cambio de diversas maneras. Se han hecho esfuerzos durante décadas por animar a la gente a vivir más sencillamente, trabajando menos, comprando menos y disfrutando de más tiempo libre para la familia, los amigos y sus aficiones. Las iniciativas de «sencillez voluntaria» son diversas: desde círculos de estudio y programas televisivos sobre cómo Vivir con Sencillez hasta eventos anuales como el Día sin Compras y portales de internet que ayudan a la gente a compartir e intercambiar productos que necesitan solo ocasionalmente. Este tipo de actividades ha ayudado a millones de personas a moderar sus gastos.<sup>39</sup>

Muchas religiones han animado también activamente a sus fieles a vivir más sencillamente, unos mandamientos que las enseñanzas antiguas respaldaban enérgicamente. Iniciativas religiosas muy diversas están alentando una vida más sencilla, desde la defensa de una Navidad menos mercantilizada y con más sentido por el Papa Benedicto XVI, hasta el desarrollo de una nueva norma judía de *Kosher* ecológico, para fomentar una alimentación más sostenible, y la defensa por los musulmanes de un Ramadán verde, ampliando los preceptos del ritual anual de ayuno para favorecer la producción local de alimentos y la reducción de la huella de carbono en un 25%. La Iglesia católica instituyó en 2009 el Compromiso de San Francisco, en recuerdo del monje del



Horno al aire libre de la Comunidad de Sirius, ecoaldea de Massachusetts.

siglo XIII que vivió una vida ascética y que es el santo patrón del medio ambiente. A las personas que asumen este compromiso se las invita a reflexionar sobre su impacto ecológico, a cambiar su comportamiento para reducir su huella de carbono, y a defender un mayor cuidado por la creación de Dios. Las iniciativas de la comunidad religiosa en esta línea son todavía bastante modestas, pero considerando que el 80% de la población mundial se declara religiosa, aumentar el liderazgo de las religiones en este sentido podría acelerar enormemente el cambio hacia una sociedad en plenitud.<sup>40</sup>

Los clubs para la Seguridad Común de Estados Unidos han empezado a trabajar durante los últimos años para reconstruir proactivamente el capital social y las relaciones en la economía informal. Los miembros de cada comunidad se reúnen en grupos de 10 a 20 personas para estudiar la manera de ayudarse entre sí, intercambiando habilidades y recursos, desde herramientas y vehículos hasta tiempo y espacio sobrante en alguna casa. Los vecinos están comenzando a hacer otra vez lo que antaño solían hacer: ayudarse mutuamente. Animados por el Instituto de Estudios sobre Políticas (Institute of Policy Studies), estos clubs se están extendiendo por todo el país, creciendo especialmente en las comunidades religiosas o en pueblos pequeños, donde ya existe un cierto nivel básico de cohesión social. Además de promover la resiliencia de la comunidad, estos grupos también informan a la gente sobre cuestiones económicas más amplias y animan a sus miembros a participar activamente en las políticas.<sup>41</sup>

El movimiento de Ciudades en Transición, fundado en 2005, se esfuerza a mayor escala por reducir el consumo energético de las comunidades y relocalizar las economías y los sistemas alimentarios para hacer más resilientes a las comunidades, de cara a un futuro cada vez más condicionado. Existen en la actualidad unas 400 comunidades en 34 países que han sido reconocidas oficialmente como Iniciativas de Ciudades en Transición. Estas comunidades han reunido a diversos sectores sociales para, por ejemplo, crear huertos comunitarios, compartir herramientas y organizar intercambios de residuos entre empresas. En Shaftesbury (Inglaterra), funciona incluso un circo ecológico que utiliza payasos, humor y representaciones teatrales para informar a los niños y a sus familias sobre el cambio climático y sobre cómo vivir de forma sostenible.<sup>42</sup>

En EEUU, el Proyecto Oberlin está elevando el modelo de Ciudad en Transición a un nuevo nivel, trabajando para reurbanizar sosteniblemente la región que circunda el Oberlin College, en Ohio. Este proyecto está aprovechando la creatividad, talento y recursos financieros de la

comunidad universitaria, intentando impulsar avances hacia la visión profundamente ecológica de sus participantes de una ciudad neutra en carbono y con un «cinturón verde agrícola y forestal de unas 8.000 hectáreas», que será el eje que vertebrará una sólida economía local. Como señala el profesor de Oberlin e impulsor visionario del proyecto, David Orr, este esfuerzo servirá también de «laboratorio educativo de gran relevancia para prácticamente todas las disciplinas».<sup>43</sup>

Las ecoaldeas desempeñan también un papel fundamental en el modelado de la economía de la plenitud. Muchas de las comunidades de ecoaldeas han sido pioneras durante décadas en una forma de vivir sostenible y resiliente, con cientos de experiencias en todo el mundo explorando las fronteras de la permacultura, los materiales alternativos de construcción, las energías renovables, e incluso habilidades perdidas como la utilización de animales de tiro en la agricultura. Difundir estos conocimientos y capacidades constituye una misión fundamental en la mayor parte de estas ecoaldeas, que ofrecen con regularidad retiros y talleres para visitantes de todo el mundo.<sup>44</sup>

Las ecoaldeas han redescubierto también una sabiduría tradicional que desempeñará un papel importante en un futuro con fuertes limitaciones. Por ejemplo en La Granja (Tennessee), algunas matronas son depositarias de saberes sobre los partos que se habían perdido al apostar generalizadamente el sistema médico estadounidense por tecnologías modernas para dar a luz: a una tercera parte de las embarazadas se les practica actualmente una cesárea, exponiendo a los niños y a las madres a riesgos con frecuencia innecesarios. Muchos de estos métodos son fruto de la desinformación, de presiones culturales e incluso de presiones debidas a la falta de tiempo del personal de un hospital. El programa de comadronas de La Granja ha ayudado a formar a muchas parteras, llamando la atención sobre la excesiva medicalización del parto al demostrar que las cesáreas raramente son necesarias. De los 3.000 partos atendidos por el programa de La Granja desde 1971, menos del 2% han sido con cesárea. Considerando el gasto ecológico y financiero de una intervención quirúrgica (además de los riesgos para la madre y el bebé), el decrecimiento de este tipo de operaciones médicas innecesarias es fundamental y la sociedad tendrá que mirar hacia comunidades innovadoras como esta en busca de inspiración y consejo sobre cómo tratar las necesidades médicas de forma sostenible y segura.<sup>45</sup>

El gobierno también puede desempeñar un papel muy valioso para fomentar una economía de la plenitud. El predominio de la economía del consumo ha hecho que se pierdan muchos de los saberes necesarios para una economía de la plenitud, por lo que será necesario recuperarlos.

Los gobiernos podrían apoyar programas de formación, directamente y financiando a las comunidades o a las organizaciones sin ánimo de lucro, para ayudar a recuperar habilidades domésticas básicas. Esto ya está ocurriendo en varios países europeos. En Francia, por ejemplo, se han establecido ya más de 1.200 «explotaciones agrícolas sociales», y en Holanda más de 700. Estas empresas utilizan la agricultura como medio de creación de empleo y de nuevas capacidades, además de ofrecer a la gente posibilidades de reencontrarse con la naturaleza, establecer relaciones dentro de la comunidad y ayudar en algunos casos a rehabilitar a sectores discapacitados de la población, proporcionando de paso productos locales sostenibles.<sup>46</sup>

Los gobiernos también deberían ayudar a las personas y a las comunidades a involucrarse en la gestión y recuperación de terrenos públicos y marginales. Aunque evidentemente esto no resultará atractivo para todo el mundo, un número creciente de personas busca la manera de llevar un estilo de vida más tradicional. Con el debido apoyo, podría despegar una versión nueva y más audaz del movimiento de «retorno a la tierra» de la década de los setenta. De momento, las dificultades financieras de Grecia han llevado a un crecimiento del empleo de 32.000 personas en el sector agrícola, en momentos en que el desempleo del país se disparaba del 12 al 18%. Con una formación adecuada, esta forma de vida rural no solo tendría un bajo impacto sino que supondría repercusiones positivas en términos de recuperación ecológica, si está basada en una gestión sostenible y proactiva de los ecosistemas.<sup>47</sup>

El pueblo colombiano de Gaviotas demuestra cómo puede conseguir grandes logros una pequeña comunidad comprometida con la recuperación ecológica. Este pueblo de 200 personas se estableció hace 30 años en una zona de sabana degradada y desde entonces ha reforestado 8.000 hectáreas de las tierras circundantes, una superficie mayor que la isla de Manhattan. El bosque proporciona actualmente al pueblo alimentos y productos forestales comercializables, absorbiendo en su crecimiento 144.000 toneladas anuales de carbono. Apoyar este tipo de recuperación ecológica impulsada por la comunidad, especialmente si se fomentan estilos de vida con un nivel muy bajo de consumo, podría contribuir enormemente a avanzar hacia la sostenibilidad.<sup>48</sup>

El último aspecto importante de una economía de la plenitud es que liberará recursos ecológicos para las personas que viven actualmente en condiciones de verdadera pobreza, así como para mantener servicios esenciales de los que la sociedad no debe prescindir en un futuro con limitaciones: hospitales, vacunas, antibióticos, educación básica, generación de energía, infraestructuras de agua potable, etc.

## Avanzar hacia el decrecimiento

La idea de desacoplar crecimiento y prosperidad no constituye ya un sueño utópico, sino una necesidad financiera y ecológica, como apunta Tim Jackson. Sin embargo, ahora mismo la prosperidad sigue interiorizándose profundamente como más consumo y mayor crecimiento. Avanzar hacia el decrecimiento requerirá, por tanto, redefinir totalmente el concepto actual de prosperidad, recuperando los significados tradicionales de este término: buena salud, relaciones sociales, tiempo libre para disfrutar de nuestras aficiones, y un trabajo gratificante.<sup>49</sup>

Comunicar este nuevo significado será todo un reto, considerando especialmente que el 1% del Producto Interior Bruto mundial se invierte en publicidad de servicios y de bienes de consumo, con el mensaje romántico de que nos proporcionarán la felicidad. Para conseguirlo harán falta estrategias eficaces de comunicación en muchos ámbitos, desde internet y las aulas al cuarto de estar y la cabina de las papeletas de voto. Por suerte, algunas iniciativas prometedoras están indicando ya el camino.<sup>50</sup>

En primer lugar, se están utilizando estrategias de «marketing social» para cuestionar el consumo excesivo e incluso el crecimiento. El proyecto La Historia de las Cosas ha tenido gran eficacia cuestionando el consumo de cosméticos, agua embotellada, productos electrónicos e incluso la inversión ilimitada en campañas políticas publicitarias. La Fundación para una Nueva Economía ha realizado también un documental corto que refleja impecablemente lo absurdo que resulta el crecimiento indefinido, personalizando en un hámster este objetivo. Como descubre la película, si el hámster no dejase de crecer cuando llega a la edad adulta, pesaría 9.000 toneladas en su primer cumpleaños y «podría comerse en un solo día todo el maíz producido anualmente en todo el mundo, y seguiría teniendo hambre». Como concluye el narrador, «En la naturaleza las cosas aumentan de tamaño solo hasta cierto punto por una buena razón, ¿por qué entonces los economistas y los políticos consideran que la economía puede crecer indefinidamente?». Del mismo modo, pero para un público mucho mayor, películas de Hollywood muy populares como *Avatar* y *WALL·E: batallón de limpieza* están desempeñando un importante papel para llamar la atención sobre los posibles resultados devastadores de la obsesión por el crecimiento y el consumismo, literalmente la destrucción del planeta Tierra.<sup>51</sup>

Más allá del mundo del cine existe actualmente un movimiento por el decrecimiento, con conferencias anuales sobre este tema y un incipiente movimiento político; en varios países, incluyendo Francia e

Italia, hay partidos políticos por el decrecimiento. Una serie de publicaciones y de páginas web están dedicadas a este tema, incluyendo la revista mensual en francés *La Décroissance* y el foro de internet sobre este tema DegrowthPedia.org. A medida que el decrecimiento se plantea más abiertamente en los debates y que políticos progresistas articulan visiones positivas sobre ello, este concepto puede pasar del ámbito de los temas tabú a la normalidad, abriendo espacios para que los medios de comunicación convencionales y los partidos políticos acaben con la presunción de que el crecimiento siempre es bueno.<sup>52</sup>

Podrían resultar asimismo de gran ayuda iniciativas más agresivas en las aulas y en los ámbitos académicos. En 2009, la fundación de contrapublicidad Adbusters Media, a quien se atribuye el lanzamiento del Día sin Compras, la Semana sin TV y Ocupa Wall Street, inició una campaña para conseguir que los alumnos de las facultades de económicas desafiasen a sus profesores para que adapten el viciado modelo económico neoclásico a la realidad ecológica de la vida en un planeta finito. Por medio de carteles, debates, cartas abiertas e incluso abandonos de clase en señal de protesta, como la de un grupo de estudiantes de Harvard en noviembre 2011, los estudiantes esperan conseguir que la programación de los departamentos de Económicas empiece a contemplar la enseñanza de una «nueva economía, abierta,



Leo Murray

Hámster en crecimiento constante tras haber devorado la mayor parte de la Tierra.

holística y a escala humana». Organizaciones como Net Impact, que cuenta con 20.000 miembros en seis continentes, están trabajando de forma similar, aunque evitando la confrontación, con los profesores y los administradores de las facultades de Económicas para integrar la sostenibilidad y la responsabilidad social en el currículum académico y para ayudar a encontrar yacimientos de empleo para los licenciados en negocios socialmente responsables.<sup>53</sup>

Utilizar personajes emblemáticos de la cultura popular para cuestionar hábilmente el crecimiento también puede ser importante. Un ejemplo de ello es el nuevo escenario eco-educativo para Los Colonos de Catán, un juego de mesa galardonado y con más de 18 millones de copias editadas en 30 idiomas. El escenario, Catán: Oil Springs, no solo incorpora los efectos colaterales del crecimiento, como la contaminación y el cambio climático, sino que cuestiona si el crecimiento continuo puede ser el objetivo definitivo en un sistema finito, en este caso la isla de Catán. Este juego de mesa puede ayudar a que los jugadores se enfrenten con los límites del crecimiento, recompensando con más puntos una gestión ambiental responsable y penalizando un excesivo crecimiento haciendo perder a todos los jugadores.<sup>54</sup>

Lo acepten o no los dirigentes de la sociedad, los límites naturales de la Tierra, sometidos a prueba por una población en aumento de 7.000 millones de personas que aspiran a vivir como consumidores, terminarán finalmente con el mito del crecimiento constante debido probablemente a cambios catastróficos en los ecosistemas del planeta. El decrecimiento forma parte, por tanto, del futuro de la humanidad. ¿Apostaremos proactivamente por esta vía? ¿o serán la Tierra y sus límites quienes impongan la reducción de la economía mundial?

## Capítulo 2. La senda hacia el decrecimiento en los países sobredesarrollados

1. Número de participantes, de «Degrowth Conference Barcelona 2010», en [degrowth.eu](http://degrowth.eu). Cuadro 2–I de los siguientes: Serge Latouche, «El creciente movimiento por el decrecimiento», en Worldwatch Institute, *La Situación del Mundo 2010* (Barcelona, Icaria, 2010), pp. 338-39; Serge Latouche, *Farewell to Growth* (Cambridge, Reino Unido: Polity Press, 2009), pp. 8–9; Tim Jackson, *Prosperidad sin crecimiento: Economía para un planeta finito* (Barcelona, Icaria 2011).

2. Martín Mucha, «Robin Bank, Héroe Juvenil», *El Mundo*, 12 de octubre de 2010; Erik Assadourian, «A Tale of a Modern-Day Robin Hood» (blog) *Transforming Cultures*, 4 de noviembre de 2010; Enric Duran, «He «robado» 492.000 euros a quienes más nos roban para denunciarlos y construir alternativas de sociedad» en <http://www.17-s.info/es/he-robado-492000-euros-quienes-mas-nos-roban-para-denunciarlos-y-construir-alternativas-de-sociedad>, página web, Crisi? Podem vivre sense capitalisme!, 17 septiembre 2009; Giles Tremlett, «€500,000 Scam of a Spanish Robin Hood» (Londres), *Guardian*, 18 de septiembre de 2008.

3. Evaluación de los Ecosistemas del Milenio, *Estamos gastando más de lo que poseemos: Capital Natural y Bienestar Humano: Declaración del Consejo* (Washington, DC: World Resources Institute, 2005), p. 2; Johan Rockström et al., «A Safe Operating Space for Humanity», *Nature*, 24 de septiembre de 2009, pp. 472–75.

4. Andrei Sokolov et al., «Probabilistic Forecast for 21st Century Climate Based on Uncertainties in Emissions (without Policy) and Climate Parameters», *American Meteorological Society Journal of Climate*, octubre de 2009, pp. 5, 175–204; David Chandler, «Revised MIT Climate Model Sounds Alarm», *TechTalk* (Massachusetts Institute of Technology), 20 de mayo de 2009; Juliet Eilperin, «New Analysis Brings Dire Forecast of 6.3-Degree Temperature Increase», *Washington Post*, 25 de septiembre de 2009; Elizabeth R. Sawin et al., «Current Emissions Reductions Proposals in the Lead-up to COP-15 Are Likely to Be Insufficient to Stabilize Atmospheric CO<sub>2</sub> Levels: Using C-ROADS—a Simple Computer Simulation of Climate Change—to Support Long-Term Climate Policy Development», borrador presentado en la Conferencia sobre Cambio Climático -riesgos, retos y decisiones, Universidad de Copenhague, Dinamarca, 10 de marzo de 2009; Mark G. New et al. (eds.), «Four Degrees and Beyond: The Potential for a Global Temperature Increase of Four Degrees and Its Implications», *Philosophical Transactions of the Royal Society A*, 13 de enero de 2011; «Royal Society Special Issue Details 'Hellish Vision' of 7°F (4°C) World—Which We May Face in the 2060s!» *Climate Progress*, 29 de noviembre de 2010; Richard Black, «Climate Talks End with Late Deal», *BBC News*, 11 de diciembre de 2011.

5. «Canada to Withdraw from Kyoto Protocol», *BBC News*, 13 de diciembre de 2011; Fiona Harvey, «Rich Nations 'Give Up' on New Climate Treaty Until 2020» (Londres), *Guardian*, 20 de noviembre de 2011; Resumen Ejecutivo, *The Economics of Climate Change: The Stern Review* (Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 2007), p. 10.

6. Harald Welzer, *Mental Infrastructures: How Growth Entered the World and Our Souls* (Berlín: Heinrich Böll Foundation, 2011), p. 12; «Prince of Wales: Ignoring Climate Change Could Be Catastrophic» (Londres), *Telegraph*, 24 de mayo de 2011.

7. Welzer, op. cit., nota 6, p. 10; WWF, ZSL y GFN, informe *Planeta Vivo 2010* (Gland, Suiza: 2010); World Bank, «New Data Show 1.4 Billion Live On Less Than US\$1.25 A Day, But Progress Against Poverty Remains Strong», nota de prensa (Washington, DC: 26 de agosto de 2008).

8. Obesidad en Estados Unidos, de Trust for America's Health, *F as in Fat: How Obesity Policies Are Failing in America* (Washington, DC: Robert Wood Johnson Foundation, 2008); costes médicos y de productividad, de Society of Actuaries, «New Society of Actuaries Study Estimates \$300 Billion Economic Cost Due to Overweight and Obesity», nota de prensa (Schaumburg, Illinois: 10 de enero de 2011) y de Robert Preidt, «Cost of Obesity Approaching \$300 Billion a Year», *USA Today*, 12 de enero de 2011; Institute for Health Metrics and Evaluation, «Life Expectancy in Most US Counties Falls Behind World's Healthiest Nations», nota de prensa (Seattle, WA: 15 de junio de 2011); David Brown, «Life Expectancy in the U.S. Varies Widely by Region, in Some Places Is Decreasing», *Washington Post*, 15 de junio de 2011; S. Jay Olshansky et al., «A Potential Decline in Life Expectancy in the United States in the 21st Century», *New England Journal of Medicine*, 17 de marzo de 2005, pp. 1,138-45; Laura Cummings, «The Diet Business: Banking on Failure», *BBC News*, 5 de febrero de 2003; obesidad mundial, de Richard Weil, «Levels of Overweight on the Rise», *Vital Signs Online*, 14 de junio de 2011.

9. Juliet Schor, «Una jornada laboral sostenible para todo el mundo», en Worldwatch Institute, op. cit., nota 1, pp. 183-192; Gary Gardner, Erik Assadourian y Radhika Sarin, «La situación del consumo actual», en Worldwatch Institute, *La Situación del Mundo 2004* (Barcelona, Icaria, 2004), pp. 35-64; Sonia Shah, «As Pharmaceutical Use Soars, Drugs Taint Water and Wildlife», *Yale Environment 360*, 15 de abril de 2010; Miller McPherson, Lynn Smith-Lovin y Matthew E. Brashears, «Social Isolation in America: Changes in Core Discussion Networks over Two Decades», *American Sociological Review*, junio de 2006, pp. 353-75.

10. Sustainable Europe Research Institute, GLOBAL 2000 y Friends of the Earth Europe, *Overconsumption? Our Use of the World's Natural Resources* (de septiembre de 2009).

11. Zenith Optimedia, «Quadrennial Events to Help Ad Market Grow in 2012 Despite Economic Troubles», nota de prensa (Londres: 5 de diciembre de 2011); Jack Neff, «Is Digital Revolution Driving Decline in U.S. Car Culture?» *Advertising Age*, 31 de mayo de 2010; Lisa Hymas, «Driving Has Lost Its Cool for Young Americans», *Grist*, 27 de diciembre de 2011; Victoria J. Rideout, Ulla G. Foehr y Donald F. Roberts, *Generation M2: Media in the Lives of 8- to 18-Year-Olds* (Washington, DC: Kaiser Family Foundation, 2010).

12. Erik Assadourian, «El auge y caída de la cultura consumista», en Worldwatch Institute, op. cit., nota 1, pp. 3-20; Paul Taylor y Wendy Wang, «The Fading Glory of the Television and Telephone», Pew Research Center, Washington, DC, 19 de agosto de 2010. El Cuadro 2-2 está basado en Michael Maniates y John M. Meyer (eds.), *The Environmental Politics of Sacrifice* (Cambridge, MA: The MIT Press, 2010).

13. Michael Maniates, «Editing Out Unsustainable Behavior», en Worldwatch Institute, op. cit., nota 1, pp. 119-26; Brian Merchant, «Plastic Bags Used in DC Drop From 22 Million to 3 Million a Month», *Treehugger*, 31 de marzo de

2010; «Good News, Bad News on D.C.'s Plastic Bag Tax», *Washington Examiner*, 5 de enero de 2011.

14. Sheryl Gay Stolberg, «Wal-Mart Shifts Strategy to Promote Healthy Foods», *New York Times*, 20 de enero de 2011; Bruce Blythe, «UPDATED: Wal-Mart's Health Kick Cuts Prices on Produce», *The Packer*, 20 de enero de 2011; Tom Philpott, «Is Wal-Mart Our Best Hope for Food Policy Reform?» *Grist*, 29 de abril de 2011.

15. Adam Aston, «Patagonia Takes Fashion Week as a Time to Say: 'Buy Less, Buy Used'» *GreenBiz*, 8 de septiembre de 2011; Tim Nudd, «Ad of the Day: Patagonia», *Ad Week*, 28 de noviembre de 2011.

16. Nudd, op. cit., nota 15.

17. David Reay, *Climate Change Begins at Home* (Nueva York: MacMillan, 2005); cálculo, de National Funeral Directors Association, «Statistics: Funeral Costs», en [www.nfda.org/media-center/statisticsreports.html](http://www.nfda.org/media-center/statisticsreports.html), visitada el 28 de diciembre de 2011, y de Selena Maranjian, «How Much Does a Funeral Cost?» *Fool.com*, 5 de marzo de 2002; Joe Sehee, «Presentation: Eco-Friendly End of Life Rituals», Green Burial Council, 2010.

18. Helene Gallis, «El movimiento Slow Food (Comida Lenta)», de World-watch Institute, op. cit., nota 1, p. 182.

19. The Meatless Monday Campaign, «The Movement Goes Global», en [www.meatlessmonday.com/the-movement-goes-global](http://www.meatlessmonday.com/the-movement-goes-global); Marc Gunther, «Sodexo's Meatless Mondays Give 'Where's the Beef' a New Meaning», *GreenBiz*, 2 de mayo de 2011.

20. «What's Cooking, Uncle Sam?», exposición en los Archivos Nacionales de EEUU, visitada el 16 de diciembre de 2011; Erik Assadourian, «Uncle Sam Says Garden... And Eat Vitamin Donuts» (blog), *Transforming Cultures*, 17 de diciembre de 2011.

21. Cálculo basado en Global Footprint Network, *The Ecological Footprint Atlas 2008* (Oakland, California: rev. ed., 16 de diciembre de 2008); G. Ananthapadmanabhan, K. Srinivas y Vinuta Gopal, *Hiding Behind the Poor* (Bangalore: Greenpeace India Society, 2007); Assadourian, op. cit., nota 12.

22. Richard Wilkinson y Kate Pickett, *The Spirit Level: Why More Equal Societies Almost Always Do Better* (Londres: Penguin Group, 2009).

23. U.N. Development Programme, «2011 Human Development Index Covers Record 187 Countries and Territories, Puts Norway at Top, DR Congo Last», nota de prensa (Copenhague: 2 de noviembre de 2011).

24. «U.S. Federal Individual Income Tax Rates History, 1913–2011 (Nominal and Inflation-Adjusted Brackets)», Tax Foundation, Washington, DC, 9 de septiembre de 2011.

25. Steven Greenhouse y Graham Bowley, «Tiny Tax on Financial Trades Gains Advocates», *New York Times*, 6 de diciembre de 2011.

26. James Grubel, «Australia Passes Landmark Carbon Price Laws», *Reuters*, 8 de noviembre de 2011; Enda Curran y Ray Brindal, «Australia's Carbon Tax Clears Final Hurdle», *Wall Street Journal*, 8 de noviembre de 2011; «Australia Makes Green Cuts to Fund Flood Relief», *Radio Australia*, 28 de enero de 2011.

27. Zenith Optimedia, op. cit., nota 11; Zoe Gannon y Neal Lawson, *The Advertising Effect: How Do We Get the Balance of Advertising Right* (Londres: Compass, 2010).

28. Mark Hertsgaard, *Hot: Living Through the Next Fifty Years on Earth* (Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt, 2011), pp. 107–27.
29. *Ibíd.*; Jason Samenow, «NOAA: 2011 Sets Record for Billion Dollar Weather Disasters in the U.S.», *Washington Post*, 7 de diciembre de 2011; Petra Löw, «Losses From Natural Disasters Decline in 2009», *Vital Signs Online*, 25 de marzo de 2010.
30. Anna Coote, Jane Franklin y Andrew Simms, *21 Hours: Why a Shorter Working Week Can Help Us All to Flourish in the 21st Century* (Londres: New Economics Foundation, 2010).
31. Tim Kasser y Kirk Brown, según la cita en Juliet Schor, *Plenitude: The New Economics of True Wealth* (Nueva York: Penguin Press, 2010), pp. 113–14 y 178; Gary Gardner y Erik Assadourian, «Reconsiderando la vida buena», en Worldwatch Institute, op. cit., nota 9, pp.295-320.
32. Juliet Schor, *The Overworked American: The Unexpected Decline of Leisure* (Nueva York: Basic Books, 1993); Holanda, de John de Graff, «Reducir el horario laboral como vía hacia la sostenibilidad» Worldwatch Institute, op. cit., nota 1, pp. 323–32; «Employers and Unions Brace for a Downturn», *Der Spiegel*, 20 de octubre de 2011; Christian Vits y Jana Randow, «The Price of Saving Jobs in Germany», *Business Week*, 29 de julio de 2010; Nicholas Kulish, «Aided by Safety Nets, Europe Resists Stimulus Push», *New York Times*, 26 de marzo de 2009.
33. De Graff, op. cit., nota 32; Michael Maniates, «Struggling with Sacrifice: Take Back Your Time and Right2Vacation.org», en Maniates y Meyer, op. cit., nota 12, pp. 293–312; Suecia, de Organisation for Economic Co-operation and Development, «PF2.1: Key Characteristics of Parental Leave Systems», 15 de abril de 2011, en [www.oecd.org/dataoecd/45/26/37864482.pdf](http://www.oecd.org/dataoecd/45/26/37864482.pdf), pp. 6 y 14. Nota: Suecia tiene un tope de 43.070 euros por permiso de maternidad/paternidad.
34. Juliet Schor, *The Overspent American: Why We Want What We Don't Need* (Nueva York: Harper Perennial, 1999); Schor, op. cit., nota 32; Schor, op. cit., nota 31.
35. Rakesh Kochhar y D'Vera Cohn, *Fighting Poverty in a Bad Economy, Americans Move in with Relatives* (Washington, DC: Pew Research Center, 2011); Catherine Rampell, «As New Graduates Return to Nest, Economy Also Feels the Pain», *New York Times*, 16 de noviembre de 2011.
36. Jessica Silver-Greenberg, «When Kids Come Back Home», *Wall Street Journal*, 26 de noviembre de 2011.
37. Beth Snyder Bulik, «Boom in Multigenerational Households Has Wide Implications for Ad Industry», *Advertising Age*, 23 de agosto de 2010.
38. «What's Cooking, Uncle Sam?» op. cit., nota 20; Peter Rosset y Medea Benjamin, *Two Steps Backward, One Step Forward: Cuba's Nationwide Experiment with Organic Agriculture* (San Francisco: Global Exchange, 1993); The Community Solution, *The Power of Community: How Cuba Survived Peak Oil* (Yellow Springs, Ohio: 2006); Mario González Novo y Catherine Murphy, «Urban Agriculture in the City of Havana: A Popular Response to a Crisis», en N. Bakker et al. (eds.), *Growing Cities Growing Food: Urban Agriculture on the Policy Agenda: A Reader on Urban Agriculture* (German Foundation for International Development, 2001), pp. 329–47.
39. Juliet Schor, «Exit Ramp to Sustainability: Building a Small-scale, Low-footprint, High-knowledge Economy», presentación en el taller SCORAI, Prince-

ton, NJ, 16 de abril de 2011; Cecile Andrews y Wanda Urbanska, «Mostrar a la gente que menos es más», en Worldwatch Institute, op. cit., nota 1, pp. 333-44; Shareable.net: *Sharing By Design*, en shareable.net; Gardner y Assadourian, op. cit., nota 31.

40. Nicole Winfield, «Pope Laments Christmas Consumerism, Urges People to Look Beyond 'Superficial Glitter,» *Huffington Post*, 24 de diciembre de 2011; Gary Gardner, «Involucrar a las religiones para modelar las visiones del mundo», en Worldwatch Institute, op. cit., nota 1, pp. 69-78; Gary Gardner, «Los rituales y los tabúes como guardianes ecológicos», en Worldwatch Institute, op. cit., nota 1, pp. 79-88; Compromiso de San Francisco, de Catholic Climate Covenant, en catholicclimatecovenant.org.

41. Chuck Collins, presentación en Common Security Clubs, Washington, DC, 18 de enero de 2011; página web de Common Security Clubs, en localcircles.org.

42. Página web de Transition Network, en [www.transitionnetwork.org/initiatives/map](http://www.transitionnetwork.org/initiatives/map); Andrews y Urbanska, op. cit., nota 39; página web de Shaftesbury Transition Town en [www.transitiontownshaftesbury.org.uk](http://www.transitiontownshaftesbury.org.uk).

43. David Orr, «The Oberlin Project: What Do We Stand for Now?» *Oberlin Alumni Magazine*, otoño de 2011.

44. Erik Assadourian, «Sustainable Communities Become More Popular», *Vital Signs 2007-2008* (Nueva York: W. W. Norton & Company, 2007), pp. 104-05; Jonathan Dawson, «Ecovillages and the Transformation of Values», en Worldwatch Institute, op. cit., nota 1, pp. 185-90.

45. Jennifer Block, *Pushed: The Painful Truth About Childbirth and Modern Maternity Care* (Filadelfia: Capo Press, 2007); Steven Reinberg, «C-section Rate in U.S. Climbs to All-Time High», *USA Today*, 22 de julio de 2011; Jennifer Block, «Midwife Q&A: Are We Having Babies All Wrong?» *Time*, 25 de mayo de 2011; A. Mark Durand, «The Safety of Home Birth: The Farm Study», *American Journal of Public Health*, marzo de 1992, pp. 450-52.

46. Kevin Green y Erik Assadourian, «Crear programas sostenibles de seguridad social» en Worldwatch Institute, op. cit., nota 1, pp. 272-73; Francesco di Iacovo, «Social Farming: Dealing with Communities Rebuilding Local Economy», presentación en la Conferencia sobre el Futuro Rural (Rural Futures Conference), University of Plymouth, Reino Unido, 1-4 de abril de 2008.

47. Rachel Donadio, «With Work Scarce in Athens, Greeks Go Back to the Land», *New York Times*, 8 de enero de 2012.

48. Richard E. White y Gloria Eugenia González Mariño, «Las Gaviotas: Sustainability in the Tropics», *World Watch Magazine*, mayo/junio de 2007, pp. 18-23; página Web de Friends of Gaviotas, en [www.friendsofgaviotas.org](http://www.friendsofgaviotas.org).

49. Jackson, op. cit., nota 1, p. 185.

50. Assadourian, op. cit., nota 12, p. 12.

51. New Economics Foundation, *The Impossible Hamster*, guión: Andrew Simms, animadores: Leo Murray y Thomas Bristow, Londres, 2010.

52. Latouche, «Growing a Degrowth Movement», op. cit., nota 1; véase también Degrowthpedia, en [degrowthpedia.org](http://degrowthpedia.org).

53. Página web de Kick It Over!, en [www.kickitover.org](http://www.kickitover.org); Manifiesto de Kick It Over, en [kickitover.org/sites/default/files/downloads/adb\\_poster\\_manifiesto.pdf](http://kickitover.org/sites/default/files/downloads/adb_poster_manifiesto.pdf);

Michael C. George, «Group Endorses Walk Out in Economics 10», Harvard Crimson, 2 de noviembre de 2011; «An Open Letter to Greg Mankiw», *Harvard Political Review*, 2 de noviembre de 2011; Net Impact, de Erik Assadourian, «Sacar el mayor provecho posible a las escuelas técnicas superiores», en Worldwatch Institute, op. cit., nota 1, pg. 160; página web de Net Impact, en netimpact.org.

54. Worldwatch Institute, «Oil Discovered on the Island of Catan», nota de prensa (Washington, DC: 19 de octubre de 2011); reglas de *Catan Scenarios: Oil Springs*, en [www.oilspings.catan.com](http://www.oilspings.catan.com).

### Capítulo 3. Planificar un desarrollo urbano integrador y sostenible

1. B. Sanyal, «Planning as Anticipation of Resistance», *Planning Theory*, vol. 4, núm. 3 (2005), pp. 225–45; J. L. Baker y K. McClain, *Private Sector Initiatives in Slum Upgrading*, Urban Papers (Washington, DC: World Bank, 2009); marco de mejora de la economía de los pobres, véase C. O. N. Moser, *Asset-based Approaches to Poverty Reduction in a Globalized Context*, Documento de Trabajo de Brookings Global Economy and Development (Washington, DC: Brookings Institution, 2006).

2. Tabla 3–1 de Population Division, *World Urbanization Prospects: The 2009 Revision* (Nueva York: United Nations, 2009).

3. Cuadro 3–1 de los siguientes: tamaño de megaciudades, de U.N. Environment Programme, *Keeping Track of Our Changing Environment: From Rio to Rio+20 (1992–2012)* (Nairobi: 2011), de UN-HABITAT, *State of the World's Cities 2008/2009: Harmonious Cities* (Londres: United Nations, 2008) y de Population Division, *World Urbanization Prospects: The 2007 Revision* (Nueva York: United Nations, 2007); consumo de energía, de UN-HABITAT, Inauguración de la Iniciativa Cities and Climate Change e Informe de la Conferencia, Oslo, 2009; posibilidades energéticas, de World Bank, *State and Trends of the Carbon Market 2010* (Washington, DC: 2010); agua potable, de UN-Water Decade Programme on Advocacy and Communication, «Water and Cities: Facts and Figures», en [www.un.org/waterforlifedecade/](http://www.un.org/waterforlifedecade/); ejemplo de Delhi, de J. Pittock et al., *Interbasin Water Transfers and Water Scarcity in a Changing World—A Solution or a Pipedream?* (Frankfurt: WWF Germany, 2009); Dacca, de M. Sinha, «Community-based Waste Management and Composting for Climate/Co-benefits—Case of Bangladesh», presentado en la Reunión Consultiva Internacional sobre la Expansión de los Servicios de Recogida de Residuos en los Países en Desarrollo (International Consultative Meeting on Expanding Waste Management Services in Developing Countries), Tokio, 18–19 de marzo de 2010; posibilidades de mitigación y adaptación, de United Nations, «The Challenge of Adapting to a Warmer Planet for Urban Growth and Development», UN-DESA Policy Brief No. 25, Nueva York, diciembre de 2009 y de UN-HABITAT, *State of the World's Cities 2008/2009*, op. cit. en esta nota; United Nations, *Shanghai Manual: A Guide for Sustainable Urban Development in the 21st Century* (Nueva York: 2011). Sobre la relación entre proceso urbanizador y aumento de ingresos, véase David E. Bloom y Tarun Khanna, «The Urban Revolution», *Finance and Development*, septiembre de 2007; resto de datos, de UN-HABITAT, *State of the World's Cities 2010/2011: Cities for All* (Londres: Earthscan, 2010).